

El Retrato  
de Dorian Gray  
[EDICIÓN SIN CENSURA]



Primera edición en REINO DE CORDELIA, noviembre de 2017

Edición basada en *Picture of Dorian Gray: An Annotated Uncensored Edition*,  
Harvard University Press, 2011

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

Traducción de © Victoria León Varela, 2017

Ilustración de sobrecubierta e interiores: Henry Keen, 1925

Ilustración de cubierta: *A Private View at the Royal Academy* (1881),  
de William Powell Frith

IBIC: FA

ISBN: 978-84-16968-21-3

Depósito legal: M-29573-2017

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

---

El Retrato  
de Dorian Gray  
[EDICIÓN SIN CENSURA]

Oscar Wilde  
*Traducción de Victoria León*





*Prólogo*      9

I      19

2      39

3      63

4      85

5      95

6      113

7      133

8      147

9      161

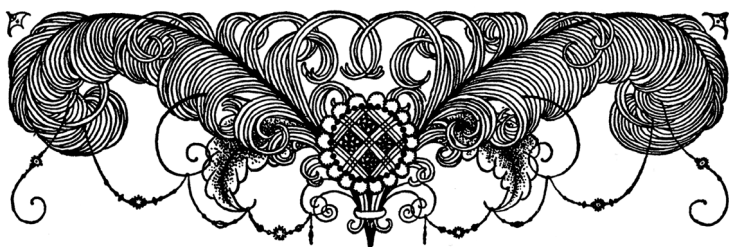
10      193

11      203

12      217

13      235

Apéndice      251



## *Prólogo*



AY OBRAS LITERARIAS que no pueden entenderse del todo sin tener en cuenta las tensiones que existieron entre el autor, su tiempo y su sociedad, pues han nacido precisamente de ellas. Oscar Wilde (Dublín, 1854 - París, 1900) desafió en las páginas de *El retrato de Dorian Gray* la moral represiva de una sociedad victoriana que se revolvía, implacable, contra cualquier transgresión. Pues no otra cosa que la aspiración a una moral nueva (aun con sus contradicciones y conflictos interiores) era el esteticismo que impregnaba aquel singular libro que quiso explorar como pocos, con sutileza y profundidad, y en unos tiempos en que la conveniencia y el utilitarismo dictaban toda norma aceptable de vida, las complejas relaciones entre vida y arte.

La propia historia textual del libro no fue ajena a esas circunstancias, y podría decirse que es incluso su fiel refle-

jo. El texto del mecanoscrito de esta única novela de Oscar Wilde permaneció inédito hasta 2011, cuando apareció bajo el título *The Picture of Dorian Gray: An Annotated Uncensored Edition* publicado por Harvard University Press en edición llevada a cabo por Nicholas Frankel. En dicho volumen se recogía por primera vez el texto que Wilde envió a *Lippincot's Monthly Magazine* en la primavera de 1890 en cumplimiento de un encargo editorial, y ante el cual un alarmado J. M. Stoddart, director de la revista, decidió que en su forma original la obra ofendería la sensibilidad de los lectores. Por ello la sometió a una profunda revisión orientada, en casi todos los casos, a eliminar las huellas de la naturaleza homosexual de los sentimientos del pintor Basil Hallward hacia Dorian Gray, pero también no pocas sugerencias de conductas heterosexuales consideradas escandalosas o ilícitas en su época; así como a atenuar, en términos generales, la atmósfera decadente de la obra.

En el estudio que acompaña a su edición de ese texto original completamente restaurado, Frankel explicaba detalladamente las motivaciones sociales, comerciales y legales de los cambios que se producen a lo largo de esa particular revisión, en la que cabe hablar a todas luces de censura. Stoddart eliminó palabras, frases y hasta párrafos enteros de la versión entregada por Wilde hasta un total de casi quinientas palabras, sin que parezca probable que el autor pudiera ver los cambios antes de que estuviera impresa la obra.

Una época marcada por la amenaza legal que pendía sobre cualquier expresión considerada inmoral o fuera de lo acep-

table por la sociedad decente es el contexto inmediato, a finales de los años ochenta y principios de los noventa del siglo XIX, de esa censura. A esta situación se añadía que un reciente escándalo relacionado con la prostitución masculina (el asunto de la calle Cleveland, en los años 1889-1890) había desatado la alarma social contra el homosexual culto de clase alta, al que se acusaba de corromper a jóvenes humildes y de constituir nefasto ejemplo para la mujer. Y la aprobación de la Criminal Law Amendment Act de 1885, que penalizaba las relaciones homosexuales de toda índole, independientemente de su naturaleza, permitió una persecución legal de la que Wilde acabaría siendo la principal víctima con su encarcelación final en 1895, sentenciado a dos años de prisión y trabajos forzados por «conducta obscena» (*gross indecency*).

La novela es indesligable en todos los aspectos de dichas circunstancias, pues incluso llegó a ser utilizada como prueba en su contra en el proceso. Convertido así en mártir de la moral sexual victoriana, Wilde pasó del éxito y la fama a ser tratado como delincuente sexual, denostado por la sociedad biempensante y abandonado por su familia cinco años antes de morir de meningitis en un hotel parisino, el 30 de noviembre de 1900, a los cuarenta y seis años de edad. Su muerte ponía fin a tres años de soledad y exilio en Francia en la absoluta ruina personal y económica. Allí adoptó el nombre de Sebastian Melmoth, en homenaje al protagonista de la novela gótica de su tío abuelo Charles Maturin, *Melmoth the Wanderer*. Según su biógrafo Richard Ellmann, solo trece personas acompañaron su cortejo fúnebre.

*El retrato de Dorian Gray* se publicó simultáneamente en Inglaterra y América en 1890 por la J. B. Lippincot Company de Filadelfia en la edición de julio de *Lippincot's Monthly Magazine*. Wilde ya era un personaje conocido en la vida literaria y social de la época como brillante dramaturgo, articulista y conferenciante. Pero fue esta obra, de indiscutibles méritos artísticos por otra parte, y la inmediata y virulenta polémica que suscitó, la que lo convirtió en personaje protagonista de su tiempo tanto para seguidores como para detractores. Como destaca Frankel, la novela alteraba el modo en que los victorianos veían el mundo que habitaban y, sobre todo, la sexualidad y la masculinidad. Diseccionaba su sociedad y reconsideraba su moral. Desemascaraba. «Con Blake y Nietzsche, estaba proponiendo que bien y mal no son lo que parecen y las etiquetas morales no bastan a la complejidad del comportamiento humano<sup>1</sup>», en palabras de Ellmann. Era el heraldo del final de una época que forjó en sus tensiones toda una literatura propia. Y la controversia era inevitable y fue inmediata.

Una buena parte de la prensa británica rugió contra ella calificándola de «vulgar, sucia y dañina». W. H. Smith la retiró de sus quioscos de estación. Y el propio Wilde, como también señala Frankel, empleó la autocensura al revisar el texto para la edición en libro de la obra en 1891. La adoración personal que siente Basil Hallward por Dorian Gray se diluye allí en la mera fascinación por el

---

<sup>1</sup> Richard Ellman, *Oscar Wilde*, Hamish Hamilton, Londres, 1987, p. XIV.



ideal artístico que el personaje encarna. El contenido sexual se atenúa y desaparecen referencias de la lista de alusiones a crímenes sexuales del capítulo IX, al tiempo que otras se hacen mucho menos explícitas. Se incluyen nuevos capítulos (los doce iniciales llegan a veinte) que hacen la novela más convencional y sentimental. Aumentan en estos las escenas de alta sociedad y los discursos ingeniosos de lord Henry Wotton. Uno de ellos concede mayor protagonismo al personaje de Sybil Vane, el primer amor de Dorian Gray que marca el inicio de su transformación, y que apenas era más que un símbolo sin carnadura real en la versión original, anticipando también el casi teatral episodio posterior de la venganza del hermano. Y, llamativamente, las veladas transgresiones del protagonista cambian por completo de cariz con la inserción del episodio del fumadero de opio y lo vinculan a su relación con prostitutas de los bajos fondos de Londres.

La autocensura que Wilde ejerce en esta última versión del texto obedece tanto a la presión externa como al conflicto interior. La obra es también un hecho mayor de la propia biografía de Oscar Wilde, quien (curiosamente, como Basil Hallward en el retrato de la ficción) confesó lo mucho que de él mismo había puesto en las páginas de esa obra: «Basil Hallward es lo que creo ser; lord Henry Wotton, lo que el mundo cree que soy; Dorian Gray, lo que quizá me habría gustado ser en otro tiempo». Al sentir la necesidad de protegerse de posibles acusaciones, cambiaba también su apreciación de la obra.

En una carta que Wilde escribe a Arthur Conan Doyle y este recoge en sus memorias, podemos leer esa «protesta de moralidad» con la que trataba de hacer frente a la opinión pública:

Los periódicos me parecen escritos por personas lascivas para personas filisteas. No comprendo cómo pueden tratar *Dorian Gray* de inmoral. La dificultad era mantener la moral intrínseca subordinada al efecto artístico y dramático, y aun así me parece que la moral resulta demasiado evidente<sup>2</sup>.

En la edición de 1891, Wilde incluso eliminó elementos homoeróticos que Stoddart había permitido. Y la oscuridad del personaje de Dorian Gray se intensifica aún más para ofrecer una historia más claramente marcada por un esquema de corrupción moral y castigo. Los aforismos sobre el arte y la crítica que acompañan la edición de 1891, aun escritos desde la honestidad y la lealtad a sus principios artísticos, no hacen sino enfatizar esa defensa:

La vida moral del hombre forma parte de la materia del artista, pero la moralidad del arte consiste en el perfecto uso de un medio imperfecto.

---

<sup>2</sup> Arthur Conan Doyle, *Memorias y aventuras* (trad. Bernardo Moreno Carrillo), Madrid, Valdemar, 2015, p. 121.



Ningún artista tiene simpatías éticas. Una simpatía ética en un artista es un imperdonable amaneramiento de estilo.



Ningún artista es malsano. El artista puede expresarlo todo.



El vicio y la virtud son para el artista materiales para un arte.

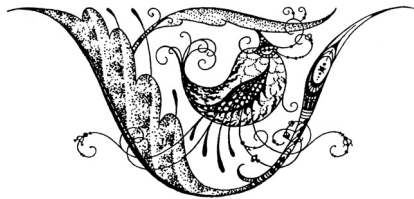
La mayoría de las ediciones modernas reproducen la versión extensa, que reaccionaba a las críticas recibidas por la primera versión y se dirigía a un público amplio. Se hacía necesario recuperar la primera, la que creemos más fiel a la intención y a las ideas estéticas del autor, tan determinantes en su obra, que buscaba también un lector distinto, específico y familiarizado previamente con ellas. Pues no menos que la moral de su tiempo el libro se proponía también someter a revisión las ideas sobre arte y moral de sus maestros Ruskin y Pater, los dos gigantes de Oxford que tan profundo alcance tuvieron en el ambiente intelectual de la época. Casi podría hablarse, por tanto, como sugiere Frankel, incluso de dos obras con méritos diferentes.

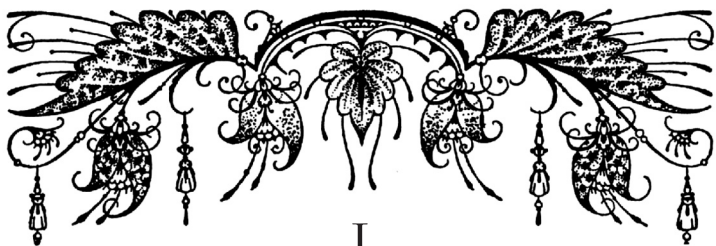
Por todo ello, el lector encontrará en esta primera traducción al castellano de la obra original un *Retrato de Dorian Gray* más audaz y libre con respecto a las versiones anteriores y, sobre todo, creemos, más fiel al espíritu que lo animó antes de ser objeto de unas presiones sociales y legales que, al cabo, nada pudieron contra una de las más hermosas muestras de valentía y libertad de espíritu que ha dado la historia de la literatura.

VICTORIA LEÓN



El Retrato  
de Dorian Gray  
[EDICIÓN SIN CENSURA]





**I**NVADÍA EL ESTUDIO el aroma opulento de las rosas, y cuando la leve brisa veraniega se agitaba entre los árboles del jardín, por la puerta abierta entraba el perfume intenso de la lila o el más sutil del espino.

Desde el rincón del diván con alforjas persas donde se hallaba recostado, fumando sus incontables cigarrillos como de costumbre, lord Henry Wotton tan solo podía vislumbrar las flores con dulzor y color de miel del laburno, cuyas trémulas ramas apenas parecían capaces de soportar la carga de una belleza tan ígnea como la suya. Y, de cuando en cuando, las fantásticas sombras de los pájaros en vuelo pasaban, fugaces, tras las largas cortinas de seda india extendidas ante la enorme ventana, produciendo una especie de momentáneo efecto japonés, y recordándole a aquellos pintores de pálidos rostros de jade que, en un arte que es necesariamente inmóvil, buscaban ofrecer la sensación de velocidad y

movimiento. El murmullo taciturno de las abejas, que se abrían camino entre la hierba crecida o volaban en círculos con monótona insistencia en torno a las negras agujas de las malvarrosas tempranas de junio, parecía hacer la quietud aún más agobiante, y el atenuado bramido de Londres era como la nota bordón de un órgano lejano.

En el centro de la habitación, sujeto a un caballete vertical, había un retrato de cuerpo entero de un joven de extraordinaria belleza física, y delante del mismo, no a mucha distancia, se hallaba sentado el propio artista, Basil Hallward, cuya súbita desaparición, unos años atrás, tanta expectación pública y tan extrañas conjeturas había causado.

Mientras contemplaba la elegante y hermosa forma que tan hábilmente había reflejado su arte, una sonrisa de placer pasó por su rostro y pareció a punto de quedarse en él. Pero, súbitamente, se levantó y, cerrando los ojos, colocó los dedos sobre sus párpados como si tratara de apresar en su cerebro algún raro sueño del que temiera despertar.

—Es tu mejor obra, Basil. Lo mejor que hayas hecho —dijo lánguidamente sir Henry—. Tienes que enviarla el año que viene a la galería Grosvenor, desde luego. La Academia es demasiado grande y demasiado vulgar. Grosvenor es el único lugar adecuado.

—No creo que la envíe a ningún sitio —respondió echando la cabeza hacia atrás de aquella peculiar forma que solía hacer que sus amigos se burlasen de él en Oxford—. No; no voy a enviarla a ningún sitio.

Lord Henry levantó las cejas y lo miró, asombrado, a través de los delgados círculos de humo azul que iban formando espirales fantásticas al salir de su potente cigarrillo con mezcla de opio.

—¿No vas a enviarlo a ningún sitio? ¿Por qué, querido amigo? ¿Tienes alguna razón? ¡Qué individuos tan extraños sois los pintores! Hacéis cualquier cosa por obtener una reputación. Y, en cuanto la lográis, parecéis querer libraros de ella. Es estúpido por vuestra parte, pues solo hay una cosa peor en el mundo que el que hablen de nosotros, y es que no hablen. Un retrato como este te situaría muy por encima de todos los hombres jóvenes de Inglaterra, y despertaría no pocos celos en los viejos, si es que los viejos son capaces de alguna emoción.

—Sé que te burlarás de mí —respondió—. Pero de verdad no puedo exponerlo. He puesto demasiado de mí mismo en él.

Lord Henry extendió sus largas piernas en el diván y soltó una carcajada.

—Sí; sabía que ibas a reírte. Pero es la pura verdad, de cualquier modo.

—¡Demasiado de ti mismo en él! Te aseguro, Basil, que no sabía que eras tan vanidoso. Y verdaderamente soy incapaz de ver parecido alguno entre tu rostro irregular y firme, y tu pelo negro como el carbón, y este joven Adonis que parece hecho de marfil y pétalos de rosa. Porque, mi querido Basil, él es un Narciso y tú... Bueno, por supuesto, tú posees una expresión intelectual y todo eso. Pero la



Belleza, la verdadera Belleza, termina donde empieza una expresión intelectual. El intelecto es en sí mismo una exageración, y destruye la armonía de cualquier rostro. En el mismo instante en que uno se sienta a pensar, se vuelve todo nariz, o todo frente, o algo horroroso. Mira a los hombres de éxito en cualquiera de las profesiones doctas. ¡Qué absolutamente horribles son! Con la excepción, por supuesto, de la Iglesia. Pero es que en la Iglesia no piensan. Un obispo sigue diciendo a los ochenta años lo mismo que le dijeron a él cuando era un muchacho de dieciocho, y en consecuencia su aspecto es siempre absolutamente encantador. Tu misterioso joven amigo, cuyo nombre no me has dicho nunca, pero cuyo retrato me fascina verdaderamente, no piensa jamás. Estoy bastante seguro de eso. Es una criatura hermosa sin cerebro que debería estar aquí todos los inviernos, cuando no tenemos flores que contemplar, y todos los veranos, cuando necesitamos que algo refresque nuestra inteligencia. No te envanezcas, Basil. No te pareces en nada a él.

—No me entiendes, Harry. Por supuesto que no me parezco a él. Lo sé perfectamente. Y, en realidad, no me gustaría parecerme. ¿Te encoges de hombros? Te estoy diciendo la verdad. Hay una fatalidad en toda distinción física e intelectual, la clase de fatalidad que parece perseguir a lo largo de la historia los pasos tambaleantes de los reyes. Es mejor no diferenciarse de los que nos rodean. El horrible y el estúpido tienen lo mejor de este mundo. Pueden sentarse tranquilamente a contemplar el juego. Si

no conocen la victoria, al menos se les exime del conocimiento de la derrota. Ellos viven como todos deberíamos vivir, tranquilos, indiferentes y sin preocupación. Ni llevan la ruina a otros ni la reciben por mano ajena. Tu rango y riqueza, Harry; mi inteligencia, sea cual sea; mi fama, cuanto pueda valer; la belleza de Dorian Gray. Todos nosotros habremos de sufrir a cambio de lo que los dioses nos han dado, y sufriremos terriblemente.

—¿Dorian Gray? ¿Ese es su nombre? —dijo lord Henry atravesando el estudio hacia Basil Hallward.

—Sí; ese es su nombre. No tenía intención de decírtelo.

—Pero, ¿por qué no?

—Oh, no puedo explicarlo. Cuando alguien me gusta desmesuradamente nunca le digo a nadie su nombre. Me parece como entregar una parte de él. Ya sabes lo mucho que amo el secreto. Es lo único capaz de hacernos la vida moderna extraordinaria o misteriosa. La cosa más común se hace exquisita y deliciosa tan solo con que la ocultemos. Cuando salgo de la ciudad, nunca le digo a mis conocidos a dónde voy. Si lo hiciera, perdería para mí todo lo que tiene de placentero. Seguro que es una costumbre estúpida, pero de algún modo parece añadir bastante romanticismo a la vida de uno. Supongo que tú me juzgarás completamente idiota por ello.

—En absoluto —respondió lord Henry, poniendo la mano sobre su hombro—. En absoluto, querido Basil. Pareces olvidar que estoy casado, y que el único encanto del matrimonio consiste en hacer necesaria para ambas par-

tes una vida de engaño. Nunca sé dónde está mi esposa y mi esposa nunca sabe lo que estoy haciendo. Cuando nos encontramos (nos encontramos de vez en cuando, cuando salimos juntos a cenar o vamos a ver al Duque), nos contamos las más absurdas historias con los rostros más solemnes. Mi esposa es muy buena en esto (en realidad, mucho mejor que yo). Jamás se confunde con las fechas, y yo siempre lo hago. Aunque, cuando me descubre, no discute lo más mínimo. A veces me gustaría que lo hiciera, pero se limita a burlarse de mí.

—Detesto la manera en que hablas de tu vida de casado, Harry —dijo Basil Hallward librándose de su mano y caminando hacia la puerta que conducía al jardín—. Creo que eres en realidad muy buen esposo, pero te avergüenzan por completo tus virtudes. Eres un caso extraordinario. Jamás dices nada moral, pero jamás haces nada malo. Tu cinismo no es más que una pose.

—Ser natural no es más que una pose, y la más exasperante que conozco —exclamó riendo lord Henry, y los dos jóvenes salieron juntos al jardín, y durante algún tiempo permanecieron en silencio.

Tras una larga pausa, lord Henry sacó su reloj.

—Me parece que debo irme, Basil —murmuró—, y antes de hacerlo insistiré en que me respondas a la pregunta que te he hecho hace un rato.

—¿Qué pregunta? —preguntó Basil Hallward sin levantar la vista del suelo.

—Sabes muy bien cuál es.

—No lo sé, Harry.

—Bien, te la haré de nuevo, entonces.

—Por favor, no lo hagas.

—Debo hacerlo. Quiero que me expliques por qué no quieres exponer el retrato de Dorian Gray. Quiero la verdadera razón.

—Te he dicho la verdadera razón.

—No, no lo has hecho. Dijiste que era porque había demasiado de ti en él. Pero eso es una niñería.

—Harry —dijo Basil Hallward mirándolo directamente al rostro—, todo retrato pintado con emoción es un retrato del artista, no del modelo. El modelo no es más que el accidente, la ocasión. No es él el revelado por el pintor, sino el propio pintor quien, sobre los colores del lienzo, se revela a sí mismo. La razón por la que no expondré este cuadro es que temo haber mostrado en él el secreto de mi propia alma.

Lord Harry se rió.

—¿Y cuál es? —preguntó.

—Te lo diré —dijo Hallward, y una expresión de confusión le cubrió el rostro.

—Soy todo expectación, Basil —murmuró, mirándolo, su compañero.

—En realidad hay poco que contar, Harry —respondió el joven pintor—, y me temo que apenas lo entenderías. Tal vez apenas podrías creerlo.

Lord Henry sonrió e, inclinándose, arrancó del césped una margarita de pétalos rosados y la examinó.

—Estoy bastante seguro de que lo entenderé —respondió mientras miraba atentamente el pequeño disco dorado con penacho blanco—, y puedo creer cualquier cosa a condición de que sea increíble.

El viento agitaba las flores de los árboles, y las pesadas lilas, con sus racimos de estrellas, se movían de un lado a otro en el aire lánguido. Una cigarra comenzó a cantar entre el césped, y una larga y delgada libélula pasó como flotando sobre sus alas de gasa marrón. A lord Henry le parecía sentir los latidos del corazón de Basil, y se preguntaba qué seguiría.

—Bueno, esto es increíble —repitió Hallward con cierta amargura—. Increíble para mí mismo, a veces. No sé lo que significa. La historia es, simplemente, esta. Hace dos meses asistí a un lleno absoluto en casa de lady Brandon. Ya sabes que nosotros, los pintores pobres, no tenemos más remedio que dejarnos ver en sociedad de vez en cuando solo para recordar al público que no somos salvajes. Con traje de noche y corbata blanca, como me dijiste una vez, cualquiera, incluido un corredor de bolsa, puede ganarse reputación de ser civilizado. Pues bien, cuando llevaba diez minutos en la sala hablando con enormes viudas ricas excesivamente arregladas para la ocasión y con tediosos académicos, de repente me di cuenta de que había alguien mirándome. Me volví, y vi a Dorian Gray por primera vez. Cuando nuestras miradas se encontraron, sentí que palidecía. Una curiosa intuición de terror se apoderó de mí. Sabía que tenía frente a frente a alguien tan cautivador que, si se lo permi-

tía, podría absorber toda mi naturaleza, toda mi alma, hasta mi propio arte. Yo no quería ninguna influencia externa en mi vida. Tú sabes bien, Harry, lo independiente que soy por naturaleza. Mi padre me destinó al ejército. Yo insistí en ir a Oxford. Luego me hizo entrar en el Middle Temple. Pero no había cenado allí ni media docena de veces cuando dejé el colegio de abogados y anuncié mi intención de convertirme en pintor. Siempre he sido mi propio maestro; al menos, así fue hasta que conocí a Dorian Gray. Luego... Pero no sé cómo explicártelo. Algo parecía decirme que me hallaba al borde de una terrible crisis en mi vida. Tenía la extraña sensación de que el Destino me guardaba tanto exquisitas alegrías como exquisitas desdichas. Sabía que, si hablaba a Dorian, me convertiría en su devoto absoluto, y que no debía hablar con él. Creció el miedo, y me di la vuelta para salir de la habitación. Pero no fue la conciencia lo que me llevó a hacerlo: fue cobardía. No me atribuyo ningún mérito por intentar escapar.

—Conciencia y cobardía son en realidad lo mismo, Basil. La conciencia es el nombre comercial de la firma. Eso es todo.

—Yo no lo creo, Harry. En todo caso, cualquiera que fuese mi motivo, y tal vez se tratara de orgullo, pues solía ser muy orgulloso, lo cierto es que me abrí camino hasta la puerta. Y allí, por supuesto, me di de bruces con lady Brandon. «¿No irá usted a escaparse tan pronto, verdad que no, señor Hallward?», chilló. Ya conoces su horrible voz estridente.

—Sí, lo tiene todo del pavo real menos la belleza —dijo lord Henry despedazando la margarita con sus largos dedos nerviosos.

—No pude librarme de ella. Me presentó a miembros de la realeza, y a personas con estrellas y jarretas, y a señoras ancianas con tiaras gigantescas y narices ganchudas. Hablaba de mí como de su máspreciado amigo. Solo la había visto una vez con anterioridad, pero se le metió en la cabeza ensalzarme. Creo que algún cuadro mío había tenido gran éxito por la época. Al menos, había dado que hablar en la prensa de penique, que es el estándar del siglo diecinueve para la inmortalidad. De repente, me encontré frente a frente con el joven cuya personalidad me había perturbado de forma tan extraña. Estábamos muy cerca. Casi nos rozábamos. Nuestras miradas volvieron a encontrarse. Era una insensatez por mi parte, pero le pedí a lady Branton que nos presentara. Y tal vez no fuera tan insensato, después de todo. Era, simplemente, inevitable. Habríamos acabado hablando sin necesidad de ninguna presentación. Estoy seguro. Dorian me lo diría después. Él también sintió que estábamos destinados a conocernos.

—¿Y cómo describió lady Brandon al extraordinario joven? Me consta que acostumbra a ofrecer un rápido *précis* de todos sus invitados. Recuerdo que una vez me presentó a un anciano caballero de lo más malhumorado y con la cara roja, todo cubierto de bandas y condecoraciones, murmurando en mi oído, en un susurro trágico que debió de ser audible para todos los presentes en la sala, algo así como:

«Sir Humpty Dumpty... Ya sabe, frontera afgana, intrigas rusas, hombre de gran éxito, esposa muerta por culpa de un elefante... Inconsolable, desea casarse con hermosa viuda americana (como todo el mundo hoy), odia al señor Gladstone, pero le interesan mucho los escarabajos... Pregúntele lo que opina sobre Schouvaloff». Yo, sencillamente, huí. Me gusta descubrir a la gente por mí mismo. Pero la pobre lady Brandon trata a sus invitados exactamente igual que trata sus artículos un subastador. O los describe por extenso, o nos lo dice todo sobre ellos con excepción de lo que uno quiere saber. Pero, ¿qué dijo del señor Dorian Gray?

—Oh, murmuró: «Joven encantador, su pobre madre y yo somos inseparables... Nos prometimos al mismo hombre (quería decir el mismo día, qué tonta soy)... He olvidado a qué se dedica; me temo que a ninguna cosa... Oh, sí, toca el piano... ¿O era el violín, querido señor Gray?». Ninguno de los dos pudo contener la risa y nos hicimos amigos de inmediato.

—La risa no es un mal comienzo para una amistad, y es el mejor final de todas —dijo lord Henry al tiempo que arrancaba otra margarita.

Hallward hundió el rostro en sus manos.

—Tú no entiendes lo que es la amistad, Harry —murmuró—, ni tampoco la enemistad, si vamos al caso. A ti te gusta todo el mundo o, lo que es lo mismo, eres indiferente a todo el mundo.

—¡Qué terriblemente injusto es eso por tu parte! —exclamó lord Henry inclinándose el sombrero hacia atrás y leván-



tando la vista a las nubes, que navegaban el turquesa profundo del cielo de verano igual que madejas enmarañadas de seda blanca brillante—. Sí, terriblemente injusto. Hago grandes diferencias entre la gente. Elijo a mis amigos por su belleza; a mis conocidos por su carácter y a mis enemigos por su inteligencia. Nunca se es demasiado cuidadoso en la elección de nuestros enemigos. No tengo ninguno que sea un idiota. Todos son hombres de cierta capacidad intelectual y, en consecuencia, todos me estiman. ¿Es demasiada vanidad por mi parte? Supongo que es bastante vanidad.

—Diría que sí, Harry. Pero, según tu clasificación, yo debo de ser un mero conocido.

—Mi querido viejo Basil, tú eres mucho más que un conocido.

—Y mucho menos que un amigo. Una especie de hermano, ¿me equivoco?

—¡Oh, hermanos! A mí no me importan los hermanos. Mi hermano mayor no quiere morirse y mis hermanos más jóvenes no parecen querer otra cosa.

—¡Harry!

—Amigo mío, no hablo del todo en serio. Pero no puedo evitar detestar a mis parientes. Supongo que eso viene del hecho de que no podemos soportar que otros tengan nuestros mismos defectos. Simpatizo bastante con la aversión que siente la democracia inglesa hacia lo que ellos llaman los vicios de las clases elevadas. Sienten que la embriaguez, la estupidez y la inmoralidad deberían ser patrimonio exclusivo suyo, y que, si alguno de nosotros hace el asno,

estamos invadiendo su territorio. Cuando el pobre Southwark llegó al Tribunal de Divorcios, su indignación fue magnífica. Pero no creo que ni el diez por ciento de los hombres de las clases bajas conviva con su propia esposa.

—No comparto ni una sola palabra que hayas dicho y, lo que es más, Harry, creo que tú tampoco.

Lord Henry se acarició la barba castaña cortada en punta y golpeó la punta de su bota de charol con un bastón de rota adornado con borlas.

—¡Qué inglés eres, Basil! Si le exponemos una idea a un auténtico inglés (cosa que siempre es una temeridad), a este ni se le pasa por la cabeza considerar si la idea es acertada o errónea. Lo único que considera de importancia es si uno mismo cree en ella. Pero el valor de una idea nada tiene ni remotamente que ver con la sinceridad del hombre que la expresa. De hecho, las probabilidades están a favor de que cuanto más insincero sea el hombre más puramente intelectual será la idea, pues en ese caso no estará teñida de sus necesidades, sus deseos ni sus prejuicios. Sea como sea, no tengo intención de discutir contigo sobre política, sociología ni metafísica. Me gustan más las personas que los principios. Háblame más acerca de Dorian Gray. ¿Con qué frecuencia lo ves?

—Todos los días. No sería feliz si no lo viera a diario. Por supuesto, a veces solo unos minutos. Pero son mucho unos minutos en compañía de alguien a quien se adora.

—Pero no será verdadera adoración lo que sientes por él.

—Lo es.

—¡Es extraordinario! Pensé que jamás te importaría nada que no fuese tu pintura... Tu arte, debería decir. Arte suena mejor, ¿no?

—Él es ahora para mí todo mi arte. A veces creo, Harry, que solo hay dos edades de importancia en la historia del mundo. La primera es la de la aparición de una nueva técnica para el arte, y la segunda es la de la aparición de una personalidad también nueva para el arte. Lo mismo que fue la invención de la pintura al óleo para los venecianos y el rostro de Antínoo para la escultura griega tardía el rostro de Dorian Gray será algún día para mí. No se trata meramente de que pinte, dibuje o bosqueje a partir de él. Por supuesto, he hecho todas esas cosas. Ha posado para mí como Paris con exquisita armadura, y como Adonis con capa de cazador y jabalina bruñida. Coronado con pesadas flores de loto, se ha sentado en la proa de la barcaza de Adriano admirando el verde y turbio Nilo. Se ha inclinado sobre el sereno estanque de algún bosque griego para contemplar en la plata silenciosa de las aguas el milagro de su belleza. Pero él es para mí mucho más que eso. No voy a decirte que esté insatisfecho con mi trabajo con él, ni que su belleza sea tal que el arte no pueda expresarla. No hay nada que el arte no pueda expresar, y sé que la obra que he producido desde que conocí a Dorian Gray es un buen trabajo; es el mejor trabajo de toda mi vida. Pero, de algún modo extraño (no sé si podrás entenderme), su personalidad me ha sugerido una manera enteramente nue-

va de arte, un modo enteramente nuevo de estilo. Veo las cosas de manera diferente; pienso en ellas de manera diferente. «Un sueño de la forma en tiempos del pensamiento», ¿quién fue quien lo dijo? Lo he olvidado. Pero es lo que Dorian Gray ha sido para mí. La mera presencia visible de este muchacho (pues a mí no me parece más que un muchacho, aunque en realidad pase de los veinte)... Su mera presencia visible... Ah, me pregunto si podrás comprender todo lo que esto significa. Inconscientemente, él define para mí las líneas de una nueva escuela, una escuela llamada a contener en sí toda la pasión del espíritu romántico, toda la perfección del espíritu griego. La armonía de alma y cuerpo (¡cuánto es!). Nosotros, en nuestra locura, los hemos separado y hemos inventado un realismo bestial y un idealismo vacío. ¡Harry! ¡Harry! ¡Si supieras lo que de verdad es Dorian Gray para mí! ¿Te acuerdas de aquel paisaje mío por el que Agnew me ofreció una cantidad tan enorme, pero del que no quise separarme? Es una de las mejores cosas que he hecho. ¿Y sabes por qué? Porque, mientras lo pintaba, Dorian Gray estaba sentado a mi lado.

—¡Basil, todo eso es extraordinario! Tengo que ver a Dorian Gray.

Hallward se levantó de su asiento y empezó a caminar arriba y abajo por el jardín. Pasado un rato, volvió.

—Tú no lo entiendes, Harry —dijo—. Dorian Gray es, simplemente, un motivo artístico para mí. Nunca está más presente en mi obra que cuando no hay allí imagen alguna

de él. Es, simplemente, la insinuación, como he dicho, de una nueva manera. Lo veo en las curvas de ciertas líneas, en la gracia y las sutilezas de ciertos colores. Eso es todo.

—Entonces, ¿por qué no expones su retrato?

—Porque he puesto en él todo este extraordinario misterio del que, por supuesto, jamás me he atrevido a hablarle. Él no sabe nada al respecto. Nunca lo sabrá. Pero el mundo podría adivinarlo, y no estoy dispuesto a desnudar mi alma ante su mirada superficial y entrometida. Mi corazón jamás quedará bajo el microscopio. ¡Hay demasiado de mí mismo ahí, Harry, demasiado de mí!

—Los poetas no son tan escrupulosos como tú. Ellos sí saben lo útil que es publicar la pasión. Hoy en día un corazón roto obtiene muchas ediciones.

—Los odio por ello. Un artista debería crear cosas hermosas sin poner nada de su propia vida en ellas. Vivimos en una época en la que los hombres tratan el arte como si este aspirase a ser una forma de autobiografía. Hemos perdido el sentido abstracto de la belleza. Si vivo lo suficiente, mostraré al mundo cuál es. Y esa es la razón por la que el mundo no debe ver jamás mi retrato de Dorian Gray.

—Creo que te equivocas, Basil, pero no voy a discutir contigo. Solo los intelectualmente perdidos discuten siempre. Y dime: ¿te aprecia mucho Dorian Gray?

Hallward reflexionó durante unos momentos.

—Yo le gusto —respondió tras una pausa—. Sé que le gusto. Por supuesto, lo halago terriblemente. Encuentro un extraño placer en decirle cosas que sé que me arrepenti-

ré de haber dicho. Me entrego. Por lo general, él es encantador conmigo, y volvemos del club paseando juntos del brazo o nos sentamos en el estudio a charlar de mil cosas. De vez en cuando, no obstante, es horriblemente desconsiderado, y parece hallar verdadero deleite en causarme dolor. Entonces siento, Harry, que le he entregado el alma a alguien que la trata como si fuera una flor para adornar su chaqueta, una pieza decorativa para halagar su vanidad, el adorno de un día de verano.

—Los días de verano, Basil, suelen resistirse a marcharse. Quizá tú te canses antes de que quiera irse él. Es triste pensarlo, pero no hay duda de que el Genio perdura más que la Belleza. Eso explica que todos nos tomemos tantas molestias por cultivarnos demasiado. En la salvaje lucha por la existencia, queremos tener algo que perdure, y por ello nos llenamos la cabeza de bobadas inútiles y datos, con la estúpida esperanza de que ocupen nuestro lugar. El hombre cuidadosamente instruido: ese es el ideal moderno. Y la mente del hombre cuidadosamente instruido es una cosa terrible. Es como una tienda de curiosidades llena de monstruos y polvo y con todos los precios por encima del valor real. Creo que tu serás el primero en cansarte, de todos modos. Algún día lo mirarás y te desagradará su dibujo, o no te gustará su tono de color, o cualquier cosa. Le harás amargos reproches en lo más profundo de ti y pensarás realmente que se ha comportado muy mal contigo. Cuando vuelva a visitarte, te mostrarás perfectamente frío e indiferente. Será una gran pena, porque te

cambiará. Lo peor de tener un romance es lo antirrománticos que nos deja después.

—Harry, no hables así. Mientras viva, la personalidad de Dorian Gray me dominará. Tú no sientes lo que siento yo. Cambias con demasiada frecuencia.

—Ah, mi querido Basil, precisamente por eso puedo sentirlo. Los que son fieles solo conocen del amor los placeres; son los infieles quienes conocen las tragedias del amor.

Y lord Henry encendió una cerilla sobre una elegante caja de plata y comenzó a fumar un cigarrillo con expresión convencida y satisfecha, como si hubiera resumido la vida en una frase. Hubo un gorjeo de gorriones en la hiedra, y las azules sombras de las nubes se perseguían por la hierba como si fueran golondrinas. ¡Qué agradable era estar en el jardín! ¡Y qué encantadoras las emociones ajenas! Mucho más encantadoras que sus ideas, le parecía a él. El alma de uno mismo y las pasiones de un amigo: esas eran las cosas fascinantes de la vida. Se acordó con placer del tedioso almuerzo al que no había asistido por quedarse tanto tiempo con Basil Hallward. De haber ido a casa de su tía, estaba seguro de que allí habría coincidido con lord Goodbody, y toda la conversación habría girado en torno a la vivienda de los pobres y a la necesidad de casas de huéspedes modelo. ¡Era estupendo haber escapado de él! Y, al pensar en su tía, pareció tener una idea. Se volvió hacia Hallward y le dijo:

—Querido amigo, acabo de acordarme.

—¿Acordarte de qué, Harry?

—De donde había oído antes el nombre de Dorian Gray.

—¿Dónde fue? —preguntó Hallward con el ceño ligeramente fruncido.

—No me mires tan enfadado, Basil. Fue en casa de mi tía, lady Agatha. Ella me contó que había descubierto a un maravilloso joven que iba a ayudarla en el East End, y que su nombre era Dorian Gray. Tengo que decir que ella jamás me comentó que fuera atractivo. Las mujeres no aprecian el atractivo. No las buenas mujeres, por lo menos. Dijo que era muy de confianza y que tenía una bella naturaleza. Yo de inmediato me imaginé una criatura con gafas y pelo lacio, espantosamente cubierta de pecas, que se movería torpemente con unos enormes pies. Ojalá hubiera sabido que se trataba de ese amigo tuyo.

—Yo me alegro mucho de que no lo supieras, Harry.

—¿Por qué?

—No quiero que lo conozcas.

—El señor Dorian Gray está en el estudio, señor —dijo el mayordomo tras salir al jardín.

—Ahora no tendrás más remedio que presentarnos —exclamó, riendo, lord Henry.

Basil Hallward se volvió hacia el sirviente, que permanecía de pie, entrecerrando los ojos deslumbrado por el sol:

—Dígale al señor Gray que espere, Parker. Estaré allí en unos instantes. —El hombre hizo una reverencia y se fue por el sendero.

Entonces él miró a lord Henry:



—Dorian Gray es mi más querido amigo —dijo—. Posee una naturaleza sencilla y hermosa. Tú tía llevaba mucha razón en lo que dijo de él. No lo estropees por mí. No intentes influenciarlo. La tuya sería una mala influencia. El mundo es ancho y contiene muchas personas extraordinarias. No me arrebatas a la única que me hace la vida absolutamente maravillosa a mí y que proporciona a mi arte cuanta maravilla y encanto posee. Recuerda, Harry, que confío en ti.

Habló muy despacio, y las palabras parecieron salir de él casi contra su voluntad.

—¡Qué tonterías estás diciendo! —dijo sonriendo lord Henry y, tomando a Hallward del brazo, casi lo llevó hasta la casa.

